

El diálogo Estados Unidos-Cuba en el sistema internacional	Título
Domínguez López, Ernesto - Autor/a;	Autor(es)
En: Revista de Estudios Estratégicos no. 3. (enero-junio 2015). La Habana : CIPI, 2015.	En:
La Habana	Lugar
Centro de Investigaciones de Política Internacional	Editorial/Editor
2018	Fecha
	Colección
Proceso político; Relaciones internacionales; Relaciones bilaterales; Política exterior; Estados Unidos; Cuba;	Temas
Artículo	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cipi/20180723030202/5.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
 Latin American Council of Social Sciences



El diálogo Estados Unidos-Cuba en el sistema internacional

Ernesto Domínguez López

Doctor en Ciencias Históricas.
Profesor Auxiliar e Investigador
del Centro de Estudios Hemisféricos
y sobre Estados Unidos (CEHSEU)
de la Universidad de La Habana.

El 17 de diciembre de 2014 probablemente quedará registrado como uno de los momentos relevantes de la historia de Cuba. El anuncio simultáneo de los presidentes Raúl Castro y Barack Obama de los resultados de año y medio de negociaciones secretas, con especial énfasis en el inicio de un proceso orientado a restablecer relaciones diplomáticas formales y, a más largo plazo, a la paulatina normalización de la relación global entre los dos países, es razón más que suficiente para ello.

En una etapa tan temprana, en la que muy poco se ha podido avanzar todavía, en razón de las múltiples dificultades que intervienen en el caso y la complejidad de las discusiones, son esencialmente imposibles las certezas sobre la forma que adoptará y el destino al que llegará el proceso. Incluso su sostenibilidad misma está y estará sujeta a una serie de riesgos, sobre todo si tomamos en cuenta la gran diversidad de fuerzas, agentes e intereses involucrados, la gran acumulación de diferencias y conflictos, los distintos y en muchos casos contrapuestos enfoques con las que se entienden las realidades y perspectivas en debate desde las dos na-

ciones y sus componentes fundamentales.

En esas condiciones, resulta de interés y utilidad examinar los principales factores que de una manera u otra inciden en la evolución de las circunstancias del diálogo, así como las evidentes y/o potenciales ramificaciones del mismo. La complejidad del tema hace que sean muchas las aristas a abordar, y por tanto, que se trate necesariamente de una labor a desarrollar por un elevado número de especialistas, en realidad por todo el amplísimo espectro de personas involucradas o simplemente interesadas. Mi intención al escribir estas líneas es participar de esa inevitable y útil discusión. Lo que propongo es una reflexión sobre el carácter y lugar que ha ocupado y ocupa la relación entre La Habana y Washington en el sistema internacional, y cómo se relaciona esa condición con algunos de los procesos contemporáneos, partiendo sobre todo desde la perspectiva de la emergencia y evolución de Estados Unidos como potencia.

La evolución de la relación Cuba-Estados Unidos: la historia en el cruce de poderes

La relación entre Cuba y Estados Unidos tiene una larga historia. La historiografía cubana, así como su homóloga internacional interesada en

nuestro país, ha explorado recurrentemente ese tema, desde las más diversas posiciones teóricas, metodológicas e ideológicas. También se pueden contabilizar aportes desde otras disciplinas, que contribuyen a una imagen relativamente amplia de la cuestión.

Los orígenes del vínculo se remontan a épocas anteriores a la independencia de los dos países, con contactos esporádicos en algunos momentos, más regulares en otros. Los flujos de todo tipo se convirtieron en factores muy significativos en la evolución de Cuba, lo cual permite que un autor altamente reconocido como Louis A. Pérez Jr. encuentre que la formación de una serie de componentes clave de la identidad nacional cubana se produjo bien en Estados Unidos, bien como resultado de esa conexión.¹ Por otra parte, el mismo autor ha indagado sobre la presencia de Cuba y los cubanos en la evolución de las estructuras simbólicas estadounidenses.²

Yendo algo más allá, la influencia cubana en una serie de momentos y espacios significativos de la formación y desarrollo de Estados Unidos es también de destacar. Un número de estudios conducidos por académicos norteamericanos, cubanos y cubanoamericanos han tocado una parte considerable de ellos. Desde la

¹ Louis A. Pérez Jr.: *On Becoming Cuban. Identity, Nationality, & Culture*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill-London, 1999. En mi criterio esta es una posición un tanto extrema, pues si bien la relación es innegable y las influencias inevitables, se obvian los procesos de traducción semiótica y resignificación como parte de las transferencias interculturales. No obstante, el texto de Pérez tiene un considerable valor, pues rastrea y sistematiza un considerable volumen de información y estudia importantes procesos que permiten tener una imagen mucho más clara de la intensidad y alcance de los vínculos entre ambos países.

² Louis A. Pérez Jr.: *Cuba en el imaginario de Estados Unidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014.

presencia de comunidades obreras, representantes de las elites criollas o deportistas con impacto en ámbitos de la vida estadounidense, hasta la formación y crecimiento de núcleos urbanos o el desarrollo de sectores de la economía de ese país, pasando por un llamativo nivel de influencia sobre la vida política y la cultura, han sido tratados de una forma u otra.³

Solo como una curiosidad, pero que refleja lo antiguo y peculiar de esa presencia cubana, podemos recordar el caso del primer congresista de origen hispano registrado en Estados Unidos. Conocido oficialmente como Joseph Mariah Hernandez, había nacido como José Mariano Hernández en San Agustín, Florida, en el período de restablecimiento de la soberanía española sobre ese territorio tras la independencia estadounidense, cuando la península era gobernada desde La Habana. Su biografía registra que cursó estudios en la Universidad de La Habana, antes de devenir ciudadano estadounidense tras la anexión de Florida por Washington. De manera que Hernández, floridano de nacimiento, fue fuertemente influido por la realidad antillana de su época y podría haber

sido considerado cubano, al menos hasta cierto punto.⁴

Existen pocas dudas de la importancia y alcance de la relación para los dos países. El vínculo bilateral, más allá de cualquier valoración que tengamos, en dependencia de nuestro posicionamiento teórico o ideológico, ha desempeñado un papel significativo en la evolución de ambos países, al punto de ser relativamente fácil encontrar aspectos comunes entre las dos culturas, o identificar los desarrollos nacidos o potenciados de esa interacción.

Sin embargo, y esta es una tesis central para mi propósito en estas líneas, lo bilateral no agota todo el sentido de la relación. Dicho en otros términos, la formación y evolución de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos desbordan el ámbito bilateral, en tanto que expresión de interacciones de alcance global, con variaciones en la fuerza y el carácter de sus componentes específicos, pero siempre formando parte de los diversos macroprocesos que han conformado la evolución del sistema-mundo moderno.⁵

Quizás el aspecto más relevante desde las etapas más tempranas sea la relación entre el tema que nos ocu-

³ Por solo citar algunos ejemplos, además de los citados textos de Louis Pérez se pueden consultar: Alejandro Portes y Alex Stepick: *City on the Edge: The Transformation of Miami*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles-London, 1994; Alex Stepick, Guillermo Grenier, Max Castro y Marvin Dunn: *This Land Is Our Land. Immigrants and Power in Miami*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles-London, 2003; Susan Eva Eckstein: *The Immigrant Divide. How Cuban Americans Changed the US and their Homeland*, Routledge, New York-London, 2009; David Rieff: «From Exiles to Immigrants», *Foreign Affairs*, vol. 74, no. 4, New York, Jul.-Aug., 1995, pp. 76-89; Lisandro Pérez: «Cuban Americans and US Cuba Policy», en: John De Wind y Renata Segura (eds.): *Diaspora Lobbies and the US Government. Convergence and Divergence in Making Foreign Policy*, Social Science Research Council, New York University Press, New York-London, 2014, pp. 142-159.

⁴ Ver el apartado biográfico del sitio de la Cámara de Representantes (www.house.gov).

⁵ El análisis de sistemas-mundo propuesto por Immanuel Wallerstein y desarrollado por una serie de otros autores es una herramienta de gran utilidad para abordar el desarrollo histórico tanto de las sociedades cubana y estadounidense como de las relaciones entre ellas. Para profundizar en ese instrumental teórico y metodológico, ver Terence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein: *World-Systems Analysis. Theory and Methodology*, Sage Publications, Beverly Hills-London-New Dehli, 1982.

pa y la dinámica de la configuración de fuerzas en la arena internacional. El hecho colonial en América del Norte y las Antillas fue parte primordial de la expansión de las distintas potencias europeas que intentaban ocupar posiciones ventajosas en su propio espacio continental y en las rutas comerciales y mercados del Oriente. La región fue escenario de la explotación de la fuente de fuerza de trabajo en la que fue convertida África. En ese contexto, el llamado Mediterráneo Americano se convirtió en zona de convergencia de esos intereses, a la vez que en área de fricción entre las potencias.⁶

Dentro de esos marcos se explican acontecimientos claves de la historia cubana y norteamericana, como la Guerra Franco-India o la toma de La Habana por los ingleses, momentos de la Guerra de los Siete Años entre España, Francia y Gran Bretaña. No mucho después, la Guerra de Independencia de las colonias que daría origen a Estados Unidos abrió las puertas para una intervención franco-hispana, que llevó a un número considerable de criollos cubanos a suelo norteamericano, como integrantes de las fuerzas españolas que combatieron en Florida. Además, las élites cubanas transfirieron parte de sus recursos financieros a las siempre necesi-

tadas arcas del Congreso Continental para pagar a las tropas de George Washington, incluso en algunos momentos claves, como los que precedieron a la batalla de Yorktown.

Más allá de lo hecológico, los intercambios de todo tipo que se desarrollaron en los siglos XVII y XVIII estuvieron condicionados por la competencia continua entre las principales potencias europeas por la hegemonía continental, la cual tuvo en América uno de sus escenarios más activos. No solo se trata de los múltiples conflictos armados que llenaron esos siglos, sino de la constitución, desarrollo y ruptura de vínculos comerciales, circulación de personas, capitales, ideas e influencias de todo tipo. En la gran cuenca formada por el Golfo de México, el Mar Caribe y los pasos y estrechos por los cuales discurrían las rutas marítimas trasatlánticas, se estaba dirimiendo la lucha por el control de esferas de influencia (factor clave para la evolución del mundo moderno), a partir del enfrentamiento de proyectos imperiales y modelos de desarrollo del capitalismo temprano más o menos contrapuestos.⁷

El siglo XIX mantuvo en esencia el papel de la región en el sistema internacional, con algunas variaciones de considerable importancia. La más

⁶ Pueden consultarse al respecto los siguientes trabajos: Bernard Bailyn: *Atlantic History. Concept and Contours*, Harvard University Press, Cambridge-London, 2005; Bernard Bailyn y Patricia L. Denault (eds.): *Soundings in Atlantic History. Latent Structures and Intellectual Currents, 1500-1830*, Harvard University Press, Cambridge-London, 2009; John J. McCusker: *Essays in the Economic History of the Atlantic World*, Routledge, London-New York, 1997; Kenneth Morgan: *Slavery, Atlantic Trade and the British Economy, 1660-1800*, Cambridge University Press, Cambridge-New York-Melbourne-Madrid, 2000.

⁷ Perry Anderson: *Lineages of the Absolutist State*, NLB, London, 1974; Geoffrey Parker: *The Thirty Years' War*, segunda edición, Routledge, London-New York, 1997; Alberto Prieto Rozos: *Visión íntegra de América*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012, pp. 35-156.

significativa de todas por su alcance estructural fue, sin dudas, la paulatina emergencia de Estados Unidos como una potencia, primero continental, y luego, hacia finales del siglo, mundial. Conjuntamente con la decadencia española y las independencias latinoamericanas, esto significó un reacomodo continuado de los equilibrios entre las potencias, y la disputa, muchas veces solapada, otras veces abierta, por controlar todo un continente en el que se creaba un «vacío de poder», según la perspectiva del realismo político dentro de un sistema todavía westfaliano.⁸

Para Estados Unidos, o, siendo más exactos, para sus élites, desde los primeros años de su existencia como Estado independiente, era muy claro que su incorporación al concierto de las potencias requería hacerse de su propia zona de influencia. Si bien desde mediados del siglo se hizo evidente su interés por Asia oriental, su espacio natural era el continente americano. Asegurarse una base de apoyo en esta parte del mundo era primordial.⁹ Por tanto, además de los matices ideológicos del «Destino Manifiesto», de la Doctrina Monroe

y similares documentos y discursos, la cuestión de Cuba tenía implicaciones muy concretas.

Tal como se veía desde los círculos de poder, la mayor de las Antillas representaba un destino importante para una parte de los capitales excedentes luego de la reconstrucción¹⁰ y la apertura del Oeste. Más importante aún, era una posición estratégica para el control de la América Central, las comunicaciones interoceánicas y los accesos a América del Sur. Al mismo tiempo, el peligro que representaría el que una potencia como Gran Bretaña o Francia se posicionase firmemente en el archipiélago cubano era evidente. La política de Washington hacia el Caribe y en especial hacia Cuba en esa centuria giró en torno a esos criterios. El compás de espera, el coqueteo con los grupos anexionistas en la isla, el apoyo a España durante la guerra del 68, la ambigüedad respecto a los proyectos independentistas y finalmente la intervención de 1898 fueron otras tantas manifestaciones de ese enfoque de la política exterior.¹¹

Por tanto, además de los conocidos intereses generados por las relaciones

⁸ Resultan interesantes los criterios y reflexiones sobre ese tipo de orden mundial expresado por una de las figuras fundamentales de la política exterior estadounidense del siglo XX, Henry Kissinger. Ver: *Diplomacy*, Simon & Schuster, New York-London-Toronto-Sidney-Tokyo-Singapore, 1994; y el más reciente *World Order*, Penguin, New York, 2014.

⁹ El conocido discurso sobre el papel de Estados Unidos en el mundo, su excepcionalismo, la «ciudad sobre la colina», no son solo intentos para justificar la política exterior conducida por Washington en el mundo contemporáneo, sino que se encuentran inscritos con fuerza en el imaginario nacional. De tal manera, constituyen simultáneamente un poderoso mecanismo de legitimación de los distintos proyectos nacionales y un factor de peso en la toma de decisiones llevado adelante por los actores políticos y los grupos de poder.

¹⁰ Se denomina reconstrucción al período que siguió a la Guerra de Secesión (1861-1865), durante el cual se reorganizó el país y, lo que es mucho más importante, se definió el curso de desarrollo de la variante estadounidense de capitalismo, con la hegemonía de los sectores industriales y financieros como eje del proyecto de nación triunfante. Su fin oficial se produjo en 1877, con la retirada de las tropas que cumplían funciones de fuerza de ocupación y el restablecimiento pleno de los derechos de los estados de la derrotada Confederación.

¹¹ El desarrollo de la política exterior estadounidense desde la formación de la república hasta comienzos del siglo XX puede ser estudiado en: Bradford Perkins: *The Cambridge History of American Foreign Relations*, vol. I:

económicas entre los dos países, que se habían ido configurando a lo largo del siglo XIX desde el *boom* azucarero cubano y creación de cadenas productivas transfronterizas, la relación política estuvo condicionada por los intereses geoestratégicos de Estados Unidos como potencia emergente. La intervención en Cuba y su transformación en un protectorado¹² fue una etapa clave, un punto de inflexión en el proceso de formación de la hegemonía continental estadounidense.

Esta es una afirmación que puede resultar polémica, si atendemos hechos anteriores, como la guerra con México de 1846, parte integrante de la expansión territorial del Estado norteamericano. No obstante, después del relativo retraimiento generado por la Guerra de Secesión, a partir de la victoria ante España se potenció la formación de un sistema de relaciones de poder a nivel hemisférico centrado en la existencia de Estados Unidos como una potencia dominante, capaz de desplazar a los viejos Estados europeos de las posiciones que habían ocupado tras el colapso del imperio colonial español. Si ampliamos el punto de vista, podemos encontrar conexiones directas entre el establecimiento del control estadounidense sobre Cuba, la colonización de Puerto Rico y Filipinas, la construcción del canal de Panamá, la «independencia» de ese territorio istme-

ño y la presión sostenida para establecer la política de «puertas abiertas» en China. Más allá de la existencia o no de políticas y planes coherentes y coordinados en cada uno de esos casos, es evidente una tendencia de larga duración hacia la conformación de una estructura de poder encaminada a consolidar a Estados Unidos como uno de los centros del sistema-mundo, en su avance hacia la transformación en el mayor de todos.

Por ello, los decenios transcurridos entre el fin de la Guerra del 95 y la Revolución de 1959 demostraron, por una parte, ese ascenso de la potencia norteamericana a la posición central dentro del sistema internacional, y, por otra, la formación concomitante de un sistema interamericano dominado por Estados Unidos. Las dos guerras mundiales fueron otros tantos escalones en ese camino. Algunos movimientos más o menos radicales, como la Revolución Mexicana, unidos a la influencia de la Revolución Rusa de 1917 y la expansión del movimiento comunista, habían introducido nuevos matices, pero no habían detenido el proceso. La crisis de los años treinta y la emergencia de los movimientos nacional-reformistas latinoamericanos representaron una amenaza mayor, y de ellos nació la readecuación del modelo de dominación implementado desde Washington. En

The Creation of a Republican Empire, 1776-1865, Cambridge University Press, Cambridge-New York-Melbourne-Madrid-Cape Town-Singapore-São Paulo, 1993; y Walter LaFeber: *The Cambridge History of American Foreign Relations*, vol. II: *The American Search for Opportunity, 1865-1913*, Cambridge University Press, Cambridge-New York-Melbourne-Madrid-Cape Town-Singapore-São Paulo, 1995.

¹² La condición de protectorado queda ampliamente demostrada por el articulado de la Enmienda Platt y del Tratado Permanente de Relación, en los cuales se establecía legalmente el control de la política exterior cubana por Washington, así como el derecho de intervenir militarmente en caso de considerarlo necesario.

este sentido, en Cuba se experimentó lo que actualmente se conoce como el sistema neocolonial, tras la actualización de los instrumentos legales de la relación en 1934.¹³ El pilar latinoamericano del poderío estadounidense fue reacomodado como parte de una estrategia basada en mecanismos relativamente indirectos, tratando simultáneamente de reforzar la capacidad de legitimación de que podían disponer en la región.

La Segunda Guerra Mundial tuvo entre sus principales resultados una nueva configuración del sistema internacional, aparejada a la consolidación de Estados Unidos como primera potencia mundial y a la constitución de un bloque contrapuesto nucleado en torno a la Unión Soviética. La lógica de la bipolaridad se convirtió en un referente global que permeó todos los procesos políticos de las décadas siguientes. La política exterior estadounidense se articuló en torno al llamado conflicto este-oeste, al cual fueron subordinadas todas las líneas de acción dentro de la estrategia global.¹⁴

Para América Latina trajo consigo el esfuerzo conciente de Washington por reforzar su hegemonía, sin romper con los métodos que se fueron imponiendo en la misma medida que se diseñaba el mundo de postguerra. Así, las instituciones del sis-

tema interamericano (Organización de Estados Americanos, Banco Interamericano de Desarrollo y la serie de acuerdos militares que derivaron en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) reprodujeron a escala regional el aparato institucional internacional (Organización de las Naciones Unidas, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización del Tratado del Atlántico Norte), con la especificidad de ser un espacio de predominio norteamericano esencialmente incontestado durante década y media.¹⁵

Si observamos ese contexto, es muy sencillo explicar la reacción del gobierno estadounidense ante la Revolución Cubana. Para ello basta con atender a dos de las implicaciones inmediatas del proceso revolucionario cubano. En primer lugar, representó una ruptura del sistema de dominación hemisférico, con un gran potencial para expandir su influencia a otros países. Por otro lado, esa misma ruptura aparecía como una fisura en la posición internacional de Estados Unidos en la confrontación permanente con la Unión Soviética. A esto hay que sumar la posibilidad de que un acercamiento entre La Habana y Moscú pusiese a las fuerzas estratégicas soviéticas a escasa distancia de su territorio, con lo cual era posible compensar hasta cierto

¹³ Esta etapa está tratada en numerosas obras. Entre las más recientes, resulta de interés la lectura de Alberto Prieto Rozos (ob. cit., pp. 313-379).

¹⁴ Consultar: Roberto González Gómez: *Estados Unidos: doctrinas de la Guerra Fría 1947-1991*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003; y Warren I. Cohen: *The Cambridge History of American Foreign Relations*, vol. IV: *America in the Age of Soviet Power, 1945-1991*, Cambridge University Press, Cambridge-New York-Melbourne-Madrid-Cape Town-Singapore-São Paulo, 1995.

¹⁵ Luis Fernando Ayerbe: *Los Estados Unidos y la América Latina. La construcción de la hegemonía*, Fondo de Cultura del ALBA, La Habana, 2012, pp. 29-126.

punto la ventaja estratégica con que contaban en 1959. La crisis de octubre de 1962 fue resultado inmediato de la materialización de esa posibilidad. Toda la dinámica de las relaciones Cuba-Estados Unidos, estrechamente asociada con los procesos globales, hacía improbable cualquier otro desarrollo.¹⁶

La llamada Guerra Fría, más exactamente, la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética,¹⁷ fue el factor predominante de la historia del sistema internacional durante el período 1945-1991. Las relaciones entre Cuba y Estados Unidos fueron parte integrante y muy activa de esa dinámica. Los momentos de agudización del conflicto y los de relativo relajamiento, o para ser más exacto, los intentos de acercamiento, hay que entenderlos desde esa perspectiva.

Mucho se ha escrito sobre los aspectos más sobresalientes del conflicto. El bloqueo económico, las presiones políticas y las campañas de subversión fueron los ejes de la política de Washington hacia Cuba. Por su parte, el gobierno cubano mantuvo un sostenido activismo internacional, apoyando a los movimientos revolucionarios y de liberación nacional en América Latina, Asia y África, incluyendo las misiones internacionalistas,

militares y civiles, con lo cual se mantenía en una línea de enfrentamiento con los intereses hegemónicos nortños, desbordando con mucho los límites bilaterales. Dentro del sistema de la guerra fría, esto representó que el Estado antillano se colocara en una situación de liderazgo dentro del emergente Tercer Mundo, con una fuerte influencia simbólica y material en la conformación de movimientos anticoloniales y antineocoloniales. La cercanía con el bloque socialista (desde posiciones más o menos independientes, vale aclarar), hacía aún más intolerable para las élites estadounidenses la existencia de la Cuba revolucionaria.

Ciertamente, la influencia de la Revolución Cubana se convirtió en un factor catalizador de una vasta serie de movimientos en América Latina, que tenían entre sus objetivos romper con la dominación nortña. Entre los más destacados estuvieron el movimiento sandinista en Nicaragua y la lucha del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador, pero en realidad las repercusiones podemos encontrarlas por todo el continente. La respuesta estadounidense, a través de la Alianza para el Progreso, y el apoyo y la promoción de regímenes militares de distinta índole condujo al hemisferio a ni-

¹⁶ Un recorrido por los momentos de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos hasta 1960 a través de algunos de los documentos más elocuentes se pueden encontrar en: Alicia Céspedes Carrillo: *Referencias necesarias sobre un antiguo conflicto. Cuba-USA, 1959-1960*, Editorial José Martí, 2010.

¹⁷ El término *guerra fría* es muchísimo más antiguo que el período histórico al que se conoce por ese nombre. El infante don Juan Manuel lo utilizó en el siglo XIV para referirse a los momentos en los que los reinos de la Península Ibérica mantenían una paz llena de tensiones y amenazas, en contraposición a los de enfrentamiento armado directo, a los que denominó *guerras calientes*. Por ello, la primera parte de la definición ofrecida por Roberto González (ob. cit, p.17), en la que se refiere a la confrontación entre potencias dirimida sin el uso directo de las armas entre ellas y a través de la competencia continua en todas las esferas y los intentos por controlar esferas de influencia, resulta mucho más útil al ser más flexible.

veles de violencia interna raramente vistos antes.¹⁸ A su vez, la presencia cubana en el cono surafricano cambió la correlación de fuerzas en esa región y generó cambios geopolíticos de gran alcance, a los cuales Washington, en coordinación con sus principales aliados, buscó ripostar por todos los medios a su alcance. Sería difícil poder resumir los efectos a corto, mediano y largo plazo del hecho revolucionario de 1959. Pero es innegable que a partir de ellos se dio una reorganización de las relaciones interamericanas, con fuertes tensiones en torno al sistema de dominación imperante. Ello fue parte de la combinación de los movimientos de liberación, de la intención de la Unión Soviética y otros países socialistas de extender su modelo social y su influencia por el Tercer Mundo, y de las disímiles estrategias implementadas por Estados Unidos y sus aliados dirigidas a contener las revoluciones, o revertirlas donde fuera posible.

Más recientemente, algunos textos han abordado los intentos de reconstrucción o normalización (con todas las ambigüedades implícitas en esta palabra) entre los dos países.¹⁹ La historia de esos acercamientos resulta ser sumamente interesante y, obviamente, muy compleja. Del recorrido por sus distintos momentos permite percibir los múltiples obstáculos en ese camino, que en todas las ocasiones anteriores a la actual terminaron por

detener e incluso revertir los procesos. Pero, más importante, de una lectura cuidadosa se extrae también una imagen clara de la coherencia de esas fluctuaciones con los cambios de la situación política internacional. No quiere decir que exista una correspondencia perfecta, pues evidentemente hay que considerar matices y sesgos introducidos por los desarrollos internos en los dos países, las peculiaridades históricas de la relación y el contexto regional. Pero el resultado es evidente: no bastan los argumentos internos o bilaterales para explicar el comportamiento del sistema de interacciones Cuba-Estados Unidos.

Una zona de confluencia de intereses, de acción de las principales potencias de cada momento, como lo ha sido la cuenca del Caribe y el Golfo de México desde las etapas tempranas de la expansión del sistema-mundo moderno hacia el hemisferio occidental, tenía que expresar, como lo hizo durante siglos, las tendencias centrales de la evolución de este. Así, el desarrollo de los circuitos de circulación de capitales de distintos tipos, la conformación de la escala jerárquica entre los países y las distintas configuraciones del sistema internacional han tenido en esta región uno de sus puntos críticos, entendidos estos como los puntos de convergencia de múltiples factores y fuerzas que condicionan el comportamiento del sistema en su conjunto. Dentro de estos marcos, la

¹⁸ Alberto Prieto Rozos: ob. cit., pp. 380-489; Luis Fernando Ayerbe: ob. cit., pp. 127-250.

¹⁹ Por ejemplo, Elier Ramírez Cañedo y Esteban Morales Domínguez: *De la confrontación a los intentos de "normalización". La política de los Estados Unidos hacia Cuba.*, segunda edición (ampliada), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014; y William M. LeoGrande y Peter Kornbluh: *Back Channel to Cuba. The Hidden History of Negotiations between Washington and Havana*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2014.

relación entre Cuba y Estados Unidos ha resultado ser uno de los ejes articuladores de la historia del Mediterráneo Americano.

El diálogo en el camino de la multipolarización

Si se considera válida la perspectiva que delineaba en el acápite anterior, las negociaciones en curso entre La Habana y Washington deben ser explicables desde ella. Debo insistir en que no podemos fiarnos solamente del análisis de la teoría de las relaciones internacionales, o desde la investigación aplicada de las relaciones internacionales, para entenderlo realmente. Se trata de un proceso sumamente complejo, en el cual hay que tomar en cuenta una multiplicidad de factores en diversos niveles. Pero también queda claro que los marcos globales como los que he manejado hasta aquí de manera muy sintética no son simplemente contexto, sino que se inscriben como parte del texto mismo del hecho en formación.

El inicio de un diálogo entre los dos gobiernos está condicionado, en mi criterio de manera evidente, por un sistema de procesos profundamente concomitantes entre sí. Los primeros de ellos podemos ubicarlos en un espectro de fenómenos de índole doméstica y bilateral. Entre ellos se pueden destacar la resiliencia demostrada por el sistema socio económico y político cubano, capaz de soportar presiones extremas, como las desastadas a partir del colapso del socialismo euro soviético; y la capacidad de adaptación

de ese sistema, dentro de determinados marcos, que le han permitido evolucionar hacia el ajuste de sus estructuras económica y políticas. Sin que ello represente una seguridad inamovible en su continuidad, pues los riesgos son considerables, esto es un factor primordial en los acontecimientos que se están produciendo en la actualidad. Directamente asociado con esto, se encuentra el evidente fracaso de la política de aislamiento y sanciones implementada por el gobierno de Estados Unidos durante más de medio siglo, en su intención de generar un cambio de régimen en Cuba, según reconoció el presidente Barack Obama en su discurso del 17 de diciembre de 2014.

En otro orden, hay que considerar la evolución del escenario político estadounidense, con la emergencia de determinados intereses en torno a un cambio en la política hacia La Habana, que por primera vez tienen fuerza para enfrentar la hegemonía de los grupos sostenedores de la política tradicional. Este es un aspecto de especial importancia, dadas las características del proceso de conformación de la política exterior de ese país, en la cual los equilibrios internos se reflejan tanto como las dinámicas y demandas del sistema internacional. Aquí hay que agregar cambios en el panorama electoral que favorecen un nuevo discurso hacia Cuba, particularmente por la composición del electorado general y los cambios demográficos en Florida meridional.

Un fenómeno de gran alcance es la crisis estructural que comenzó a

identificarse en Estados Unidos en 2007 y a escala global en 2008 con el colapso de la burbuja inmobiliaria y el *meltdown* financiero.²⁰ Pero la crisis no es solo un fenómeno económico, como pareciera ser si seguimos una gran parte del discurso mediático y académico. Es un proceso que se ramifica por todos los ámbitos, con disímiles expresiones. Una de ellas es el resquebrajamiento de la estructura social, con crecientes niveles de polarización social a partir de los ingresos e influencia con que cuenta cada sector, lo cual contradice la noción de *sociedad de clase media* que tienen de sí mismos la mayoría de los estadounidenses. También se evidencia un claro agotamiento y crisis de los paradigmas teóricos predominantes, no solo en la economía, pues se trata de un fenómeno que alcanza a toda la esfera de la producción científica, artística y de formación de imaginarios. Un proceso de estas proporciones lleva consigo también una fuerte presión sobre los mecanismos de toma de decisiones políticas, incluyendo política exterior, para buscar alternativas que conduzcan a una salida de la crisis.

Todos estos son aspectos que deben ser examinados a profundidad

por sí mismos. Pero en este trabajo quiero centrarme en otros, estrechamente relacionados, por supuesto, pero que actúan en otra esfera. Dentro de la evolución del sistema internacional es posible identificar una serie de procesos específicos que por su importancia atraviesan la relación bilateral. Todos ellos son concomitantes y no es posible comprender a plenitud uno sin considerar los otros. No son los únicos, pero sí creo que son los más significativos para el tema de este trabajo.

El primero es lo que podemos denominar como el proceso de multipolarización. La desaparición del bloque socialista europeo y la Unión Soviética en 1989-1991 significó no solo el fin de la guerra fría entre Estados Unidos y la URSS, sino el colapso del eje fundamental de las relaciones internacionales de la postguerra. Además de los efectos inmediatos para los países involucrados, ello trajo una necesaria reorganización del sistema internacional, a partir de la supervivencia de una sola de las mega potencias que habían dominado el panorama político global durante más de cuatro décadas, la cual se consideró a sí misma como vencedora del largo conflicto. Además, ese acontecimiento sacudió duramente a los dis-

²⁰ Sobre los aspectos económicos de la crisis se ha escrito en abundancia. Por ejemplo, están los trabajos suscritos por Luis René Fernández Tabío («Los Estados Unidos, la gran recesión del siglo XXI»), Faustino Cobarrubia Gómez («Obama y la política anticrisis») y Ernesto Molina Molina («Obama y el impacto en la crisis financiera actual») en el libro *Los Estados Unidos y la lógica del imperialismo. Una visión crítica* (coordinación de Jorge Hernández Martínez, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p. 183-280, 2012). A pesar de que estos tres autores parten de posiciones marxistas, cada uno expresa criterios diferentes. Si consultamos a especialistas afiliados a otras corrientes, nos encontramos otras tantas versiones. Por solo mencionar algunas fuentes, véase: Paul Krugman: *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, W.W. Norton & Company, New York-Londres, 2009; Albert Recio Andreu: «La crisis del neoliberalismo», *Revista de Economía Crítica*, Barcelona, no. 7, primer semestre de 2009, pp. 96-117, y los informes y trabajos publicados por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Oficina de Análisis Económico de Estados Unidos (NBER) en www.imf.org, www.worldbank.org y www.nber.org, respectivamente.

tintos movimientos del llamado Tercer Mundo, a las fuerzas políticas de izquierda en todas partes, debilitando a los gobiernos con tendencias más o menos progresistas y en general pareció crear las bases para lo que se dio en llamar *unipolarismo mundial*.

El gobierno de Washington se vio en situación de redefinir sus prioridades e intereses estratégicos en el nuevo contexto, reinterpretar su posición en la arena internacional y reformular las funciones de los instrumentos de su política exterior y los organismos existentes, en primer lugar la OTAN y la ONU. En esa situación, la tendencia fue colocarse de manera inmediata en el puesto de conductor de los destinos del planeta, asumiendo la tarea de fijar el nuevo orden internacional, controlar cualquier amenaza que emergiera y terminar los problemas que habían quedado pendientes desde la bipolaridad. Este reacomodo se llevó adelante durante las administraciones de George W. Bush padre (1989-1993) y, especialmente, de Bill Clinton (1993-2001). Fue sin muchas dudas un período en el cual la Casa Blanca y las demás ramas del gobierno asociadas con la política exterior se dedicaron a extender y consolidar la hegemonía estadounidense, para lo cual se actualizaron una serie de políticas y medios con el objetivo de afianzarse en los ejes y puntos de mayor importancia geoestratégica.

A tono con las teorías dominantes de ese momento, el foco de interés se centró en el vasto espacio euroasiático, en busca de controlar las principales fuentes de recursos naturales y eliminar las resistencias reales y potenciales.²¹ También se le planteó a las élites norteamericanas la necesidad de encontrar nuevos mecanismos de legitimación para la política externa ante su opinión pública y, parcialmente, ante partes de la opinión pública internacional. Desaparecido el «imperio del mal»,²² declarados vencedores de la Guerra Fría, sin ninguna potencia que les hiciera frente, se enfocaron en la búsqueda de amenazas en otros niveles, entre los cuales se privilegiaron las diferencias culturales (o civilizatorias, siguiendo el lenguaje de Samuel Huntington).²³

Hechos como la primera Guerra del Golfo en 1991 fueron peldaños en ese camino. Uno de los puntos culminantes y, por tanto, uno de los puntos de inflexión, fue la invasión a Yugoslavia en 1998, conducida por la OTAN, realizada para completar el desmembramiento de la federación balcánica, que entonces solo contaba con Serbia, Montenegro y las provincias autónomas de Kosovo y Voivodina. Otras regiones debían ser aseguradas también, aunque el interés era algo menor. No obstante, episodios como la invasión a Panamá en 1989 y la in-

²¹ Un texto fundamental para comprender los diseños de la política exterior estadounidense en ese período es sin dudas *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, de Zbigniew Brzezinski (Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1998).

²² Así llamó el presidente Ronald Reagan a la Unión Soviética en sus discursos de la década de 1980 mientras lanzaba a su país a una nueva escalada del conflicto bipolar.

tervención en Somalia en 1993 fueron también parte del proceso. Dentro de esos marcos habría que situar la búsqueda de una «solución» para el problema cubano, considerado remanente de la Guerra Fría y cuyo destino se pensaba sellado desde 1991. El incremento de las presiones y su codificación en ley en 1992 y 1996 fueron parte por tanto de un proceso mucho más amplio en el cual Estados Unidos buscaba su consolidación definitiva en el puesto de hegemón global.²⁴

El año 2001 trajo consigo un salto de gran envergadura. Cuando se lanzó la famosa «guerra contra el terrorismo» a raíz del atentado a las Torres Gemelas de New York, se estaba llevando todo ese proceso a un nivel diferente. Llegó a dejarse de lado incluso la formal legalización de las acciones de Washington por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y el unilateralismo se convirtió en fenómeno cotidiano en la arena internacional. Pero al mismo tiempo marcó el comienzo de la descomposición de un sistema de dominación global que se basaba en una premisa: no podía existir ningún actor internacional capaz de actuar de manera independiente de los Estados Unidos y tener algún éxito en su actuación.

Parece evidente que ahí se encontró el fallo estructural del modelo de sistema internacional promovido en

la primera década del siglo XXI. No solo se trata del cumplimiento de la tesis del sobredimensionamiento imperial, propuesta por Paul Kennedy al estudiar los ciclos de ascenso y caída de las grandes potencias,²⁵ sino de la emergencia o reemergencia de una serie de actores internacionales con capacidad para ser *global players*, que por distintas vías fueron construyendo espacios propios, apoyados en sus propias capacidades. Muchos de ellos generaron incluso, a partir de los procesos de globalización que han dominado la evolución del capitalismo mundial durante las últimas décadas, sistemas de interdependencia con los Estados Unidos que hacían a este último igualmente vulnerable. En esa instancia se pueden contar los casos de China, Rusia, India o Brasil. Junto con ellos hay que considerar otros poderes de menor nivel, pero igualmente con capacidad de influencia a nivel regional, como los casos de Irán, Sudáfrica o Viet Nam. Esto significa la formación de un sistema internacional excesivamente complejo para ser considerado desde un solo centro, por lo cual los métodos unilaterales no son eficientes.

Desde algunas perspectivas teóricas, ese proceso de multipolarización puede interpretarse como parte de la crisis de un modelo organizacional dentro del sistema-mundo con la decadencia de la potencia dominan-

²⁴ Sobre este aspecto también son posibles diferentes interpretaciones. Ver, por ejemplo, Fraser Cameron: *US Foreign Policy after the Cold War. Global Hegemon or Reluctant Sheriff?*, segunda edición, Routledge, London-New York, Routledge, 2005.

²⁵ Paul Kennedy: *Auge y caída de las grandes potencias*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998.

te y la búsqueda de un nuevo equilibrio.²⁶ También puede ser interpretado como uno de los ciclos seculares de ascenso y decadencia de imperios que se postula desde la escuela de la cliodinámica.²⁷ Existen muchas otras interpretaciones, pero queda bastante claro que hay una serie de argumentos suficientes para considerar esta una etapa de transición hacia un orden mundial distinto, en la que empieza a dibujarse un cuadro de equilibrio de poderes entre un número relativamente elevado, que escapa de la capacidad de cualquier potencia para controlarlo por sí sola.

A partir de esa realidad, se fue abriendo paso poco a poco, en algunos círculos, una crítica de la política exterior estadounidense, tratando de buscar alternativas al evidente agotamiento de la estrategia global desplegada desde el comienzo de la presente centuria.²⁸ Así, comenzaron a aparecer determinados trabajos que indagaban en las posibilidades del multilateralismo, del desarrollo del *soft power* o su versión más actualizada, el *smart power*, tomando en cuenta las diferentes dimensiones de las relaciones internacionales.²⁹ Es decir, comenzó a replantearse la po-

lítica exterior estadounidense, tratando de encontrar las vías para asimilar los cambios en la escena global sin caer en una crisis generalizada de consecuencias impredecibles. Muchos de estos estudios y propuestas se generaron desde otros países, pero claramente recogen los efectos sobre el pensamiento de una realidad multidimensional que ya resulta muy difícil de negar.

Uno de los aspectos más sobresalientes de la transformación que se configura es el agotamiento de la llamada *política de cambio de régimen*, empleada por Estados Unidos durante años para tratar con Estados más o menos refractarios a su influencia. Esta no fue una creación de la administración de George W. Bush, pues en esencia se viene aplicando desde la emergencia de Estados Unidos como potencia, aunque originalmente estuviera circunscrita casi completamente al ámbito centroamericano, algo lógico si tomamos en cuenta que esta fue la primera área de expansión del poder internacional estadounidense. Incluso podemos considerar antecedentes de ella varias políticas aplicadas por las potencias coloniales europeas en algunos escenarios.

²⁶ Immanuel Wallerstein: *Geopolitics and Geoculture. Essays on the Changing World-System*, Cambridge University Press, Cambridge-New York-Melbourne-Paris, 1991.

²⁷ Peter Turchin y Sergey A. Nefedov: *Secular Cycles*, Princeton University Press, Princeton-Oxford, 2009.

²⁸ Resulta interesante, por citar solo un ejemplo, como el propio Brzezinski ensayó una crítica de la gestión internacional de los presidentes George W. Bush (padre), Bill Clinton y George W. Bush (hijo), a la vez que proponía alternativas para intentar recuperar una posición dominante debilitada, en su criterio, por la mala actuación de los gobernantes en ejercicio (Zbigniew Brzezinski: *Second Chance. Three Presidents and the Crisis of American Superpower*, Basic Books, New York, 2007).

²⁹ Algunos ejemplos son: Gary P. Sampson y Stephen Woolcock (eds.): *Regionalism, multilateralism and economic integration: The recent experience*, United Nations University Press, Tokyo-New York-Paris, 2003; Anne-Marie Slaughter: *A New World Order*, Princeton University Press, Princeton-Oxford, 2004; Edward Newman, Ramesh Thakur y John Tirman: *Multilateralism under challenge? Power, international order, and structural change*, United Nations University Press, Tokyo-New York-Paris, 2006; Alan S Alexandroff (ed.): *Can the World Be Governed? Possibilities for Effective Multilateralism*, Wilfrid Laurier University Press, Kitchener, 2008.

En los años más recientes, la estrategia se aplicó, con métodos diversos, en el Medio Oriente, África Norte, América Latina, Europa del Este y algunos países asiáticos y es dentro de esos marcos que se puede definir la política hacia Cuba de las últimas cinco décadas y media. El problema es que los acontecimientos de los últimos años han mostrado que no es efectiva como instrumento para asegurar un orden internacional relativamente estable y subordinado a los intereses estadounidenses. Los casos de Iraq, Libia, Afganistán, Siria y Ucrania son muestras palpables de que aunque un gobierno puede ser derrocado y un país destruido, las consecuencias de esa acción tienden a escapar de control. Si entendemos esto, es perfectamente comprensible el pasaje del discurso de Barack Obama del 17 de diciembre de 2014, donde se dice llanamente que la política de cambio de régimen no está funcionando.³⁰

En este panorama, debemos necesariamente observar la evolución contemporánea del pilar original del poder global estadounidense: América Latina. Es de sobra conocido en nuestro medio que desde los últimos años de la década de los noventa del siglo pasado se inició un proceso de cambios políticos de gran importancia, que tuvo como su primer acto el ascenso a la presidencia de Venezuela de Hugo Chávez, con un proyecto nacional opuesto a las estructuras oligárquicas de la llamada Cuarta República, y una proyección internacional en pro de la

integración de América Latina y por la ruptura de la dependencia con Estados Unidos. Este fue un proceso que se extendió a otros países en los años siguientes, especialmente en Bolivia, Ecuador y Nicaragua. A su vez, convergió con otros procesos menos radicales, pero no por ello menos significativos en Brasil, Argentina, Uruguay y El Salvador. De hecho podemos encontrar manifestaciones de movimientos por el cambio con tendencias de izquierda en la gran mayoría de los países latinoamericanos.

Como parte de esas transformaciones se generó un amplio proceso de integraciones subregionales y regionales, unido a la creación de foros de discusión política, que dinamizó las relaciones hemisféricas en un nivel nunca antes visto desde de las guerras de independencia. Así aparecieron proyectos como el ALBA, UNASUR y la CELAC, cada uno con sus peculiaridades, ramificaciones y sus niveles de concreción, más o menos abarcadores, más o menos radicales. De conjunto representaron la emergencia de una tendencia clara hacia la búsqueda de vías de desarrollo y concertación política con fuerzas y recursos propios, sin la participación de Estados Unidos. La aparición de liderazgos capaces de movilizar a una diversidad de factores sociales, políticos y económicos se convirtió en una de las potencialidades de esos procesos. Cuba se incorporó desde el principio a esa nueva dinámica, aportando sus propias ex-

³⁰ Mucha de la información a partir de la cual se propone esta síntesis fue tomada de un gran número de fuentes publicísticas que sería demasiado extenso citar aquí.

perencias y capacidades, además de su valor simbólico.³¹

Es difícil subestimar el alcance de estos procesos. Quizás el sentido más evidente para el tema que nos ocupa en este trabajo radica, por una parte, en el debilitamiento del sistema interamericano construido por Estados Unidos, que tiene en su sistema institucional, en los encuentros cumbres periódicos y en los sistemas de acuerdos bilaterales y regionales de libre comercio sus principales instrumentos legales. Por otra parte, Cuba no solo se reintegró a la comunidad latinoamericana en igualdad de condiciones con sus vecinos, rompiendo toda posibilidad inmediata de aislamiento internacional, sino que pasó a ocupar una posición de importancia, con una cuota significativa de liderazgo, en las relaciones intergubernamentales en la región. Finalmente, la exclusión de La Habana de los mecanismos interamericanos se convirtió en punto de fricción entre un importante número de gobiernos latinoamericanos y Washington.

Pero si lo asociamos con lo que tratábamos en los párrafos anteriores, este tema alcanza una dimensión aún mayor. Consideramos la existencia, en mi criterio evidente, de un proceso de multipolarización, que puede traducirse como un debilitamiento sostenido del poder global estadounidense, en tránsito de la hegemonía a la dominación y que podría conducir hacia un esquema multilateral con relativo equilibrio entre potencias. En

una configuración así, cualquier Estado que aspire a mantener un lugar entre los centros de poder global, sobre todo si aspira a estar en la posición del más fuerte de ellos, tiene que asegurar su preponderancia en una esfera de influencia. Es decir, en cierta medida es un retorno al realismo político, aunque a una escala incomparablemente mayor y en condiciones muy diferentes, dado el desarrollo de la globalización que apuntaba antes. De ahí se deduce que, más allá de estrategias declaradas o discusiones públicas en los órganos del gobierno norteamericano, América Latina está pasando a ser una prioridad geoestratégica para Washington. Dentro de esos marcos se explican las diversas acciones puntuales, desde el golpe de Estado de 2009 en Honduras, las presiones sobre Venezuela, el incremento de la presencia militar en el subcontinente y las acciones diplomáticas encaminadas a relanzar los vínculos con algunos actores del hemisferio.

Una mirada a alguna de las acciones de mayor importancia en la que está involucrado Estados Unidos en este momento, permite percibir cómo el interés por consolidar sus posiciones en América Latina está vinculado con una política de reforzamiento de las alianzas más importantes, que se insertan dentro de un marco de coordinación de políticas internacionales. Uno de los casos de mayor impacto es la creación de la Asociación Transatlántica de Comercio e In-

³¹ Alberto Prieto Rozos: ob. cit., pp. 490-589; y Luis Fernando Ayerbe: ob. cit., pp. 317-287. Existe ya una importante literatura sobre estos temas. Proponemos estos dos trabajos porque plantean síntesis basadas en una perspectiva general de la historia americana que le da un especial valor a sus análisis.

versiones con la Unión Europea (UE). La negociación de ese convenio involucra a dos actores (tomando a la UE en bloque) que hoy representan las dos mayores economías del mundo, con lo cual, de concretarse, se formalizaría la integración de un mercado de gigantescas proporciones, a la vez que una concentración de recursos financieros, humanos, naturales y tecnológicos sin igual posible en el mundo de hoy.³² Además, ello reforzaría los lazos políticos entre esos dos centros de poder, que por demás tienen ya una larga historia de relación, no exenta de conflictos, pero percibida por las élites a ambos lados del Atlántico como una alianza «natural», dadas las afinidades de todo tipo entre ellos.

Dentro de esos marcos, es necesario interpretar la actuación de la Unión Europea en América Latina y específicamente respecto a Cuba. Es notorio que desde meses antes del anuncio del 17 de diciembre la UE había anunciado públicamente su intención de relanzar el nexo con Cuba. Eso dio paso a una serie de negociaciones, en las cuales se han discutido aspectos como la cooperación del bloque con La Habana y, lo que es más significativo, se ha tratado el tema de la Posición Común europea, el documento aprobado en 1996 que establece un marco para esa relación desde la perspectiva de la intención declarada de

cambiar el régimen político cubano, algo absolutamente a tono con la política estadounidense de ese momento. Aunque por ahora no poseo pruebas de ello, resulta perfectamente lógico suponer algún tipo de concertación entre Washington, Bruselas y los gobiernos de los principales países de la Unión, en particular Alemania, Francia y Gran Bretaña. No está de más recordar que ya desde antes se habían producido acercamientos a nivel bilateral entre varios de los socios comunitarios y Cuba, con el restablecimiento de algunos de los convenios a partir de 2003 y discusiones de otros aspectos nuevos.

Este solo caso nos permite comprender la importancia de incorporar en nuestra reflexión a otros actores. No se trata simplemente de una subordinación a los intereses de Estados Unidos, sino de un nivel de concertación elevado, en el contexto de reubicación de las distintas potencias en la arena internacional. Los compromisos que emanen del diálogo con actores continentales o extrahemisféricos se convierten también en parte integrante del diálogo bilateral entre Washington y La Habana, a la vez que las circunstancias de este último condicionan a los primeros, no solo por la condición de aliados de una u otra parte que tengan, sino por, una vez más, la confluencia de intereses diversos en un país y

³² Sobre este tema todavía hay mucho por estudiar. Para una primera aproximación desde diferentes perspectivas, ver: Ulrike Herrmann: *Free Trade Project of the Powerful. TTIP. Transatlantic Trade And Investment Partnership*, Rosa-Luxemburg-Stiftung, Bruselas, 2014; Joseph Francois et al.: *Reducing Transatlantic Barriers to Trade and Investment. An Economic Assessment*, Centre for Economic Policy Research, London, 2013; *TTIP and the Fifty States: Jobs and Growth from Coast to Coast*: Atlantic Council-Bertelsmann Foundation-British Embassy in Washington, Washington D.C., 2013.

en una región que siguen estando conectados con las dinámicas centrales del sistema-mundo contemporáneo.

Conclusiones

Aunque el propio término de conclusiones parece ser un poco precipitado en un momento como el que estamos analizando, resulta necesario ensayar algún tipo de síntesis a partir de los aspectos que he tratado hasta aquí. Hay un primer punto que resulta bien evidente: la relación entre Cuba y Estados Unidos solo puede ser comprendida plenamente dentro de los marcos de la dinámica del sistema internacional, a partir de las posiciones relativas que ocupan dentro de él los dos países. Por tanto, los momentos particulares por los que ha atravesado y atraviesa expresan, además de su especificidad, el estado de las relaciones internacionales de cada momento histórico, lo cual condiciona la formulación de las políticas oficiales y su implementación a nivel bilateral.

Partiendo de esa idea, los acontecimientos que se hicieron visibles a partir de diciembre de 2014 hay que comprenderlos no solo como el reconocimiento por parte de Washington del fracaso de una política específica y como la expresión del interés de La Habana por eliminar las trabas más importantes para el desarrollo del país. Hay que situarlos dentro de un proceso de alcance global de reorganización del sistema internacional, en el cual se revisan los pilares del poder de

las principales potencias, los acuerdos entre ellas, el papel de los países del llamado Tercer Mundo (o Sur, según se prefiera), los sistemas de alianzas de todo tipo, los procesos de integración, las políticas oficiales y los mecanismos directos, indirectos y encubiertos de ejercicio de poder en la arena internacional. En fin, se trata de una parte del vasto momento de transición hacia el mundo multipolar que está emergiendo actualmente.

Visto desde esa perspectiva, la sostenibilidad del proceso dependerá mucho de la continuidad de las transformaciones a escala planetaria, pero también de la asimilación e interpretación que hagan de aquellas las élites estadounidenses y, más ampliamente, los centros de poder occidentales. También de la sostenibilidad en el tiempo de los cambios y los nuevos gobiernos latinoamericanos, de su capacidad para llevar a Estados Unidos a una relación actualizada con el subcontinente. Desde una mirada estructural, el retorno a un unipolarismo que fue muy fugaz es imposible y el sistema internacional debe mantener su tendencia hacia un nuevo equilibrio, más complejo, y probablemente más inestable. Pero las formas concretas que adopte esa transición para un espacio puntual como el que se trata en estas líneas son mucho más difíciles de prever y mucho más vulnerables a factores coyunturales. Por eso creo necesario continuar profundizando en su estudio con una perspectiva compleja que incorpore todos los niveles posibles, de manera que los resultados sean más fiables.